

constitucional sembla que es flexibilitza excessivament per justificar uns mecanismes (mecanisme de coordinació) que, d'altra banda, tenen una capacitat coercitiva sobre els ciutadans evident i en molts casos d'un rendiment de comptes molt feble (com succeeix a la UE).

En tot cas, a pesar d'aquests dubtes, l'obra d'Alessandro Ferrara és una empresa necessària, imprescindible i potser fins i tot insuficient per renovar un liberalisme polític que s'haurà de continuar posant a prova al llarg del segle que hem encetat.

Marc Sanjaume Calvet

Universitat Pompeu Fabra

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1043>



DEATON, Angus (2015)

El gran escape: Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad

Madrid: Fondo de Cultura Económica, 403 p.

ISBN 978-8437507354

Angus Deaton (Premio Nobel de Economía de 2015) realiza un trabajo riguroso pero a la vez accesible para quienes estén interesados en la relación entre crecimiento económico, salud, pobreza y ayuda. En alusión a la película de John Sturges (1963), *El gran escape* es, desde su introducción, un libro optimista, lleno de esperanza, que entiende que en el último siglo ha habido una fuga masiva de la pobreza y la muerte temprana, aunque no todos hayan podido llegar al final del túnel. En consecuencia, este escape conduce a que repensemos lo que ocurre con quienes se han quedado atrás.

La introducción del libro comienza con la afirmación de que la desigualdad es una consecuencia intrínseca al progreso. Dicha afirmación está respaldada por datos estadísticos y análisis históricos, y se destacan dos hechos en constante tensión:

1. Los seres humanos en ninguna época habían vivido tanto como ahora, y una parte del mundo disfruta de una prosperidad económica como nunca antes se había visto.
2. Aunque la pobreza mundial haya disminuido drásticamente, todavía gran parte del mundo continúa sumida en

ella y todavía demasiadas personas siguen muriéndose por enfermedades que no existen en los países desarrollados desde hace décadas.

Dado que no es posible abordar todos los matices de esta tensión junto con la cantidad de detalles y de datos que atraviesan el libro, esta revisión se enfocará hacia tres cuestiones que pueden considerarse filosóficamente relevantes:

1. La relación entre bienestar y pobreza.
2. El conocimiento devenido en salud.
3. La ayuda a los menos afortunados.

1. La relación entre bienestar y pobreza. Uno de los puntos centrales del libro es la relación entre la naturaleza del bienestar y las desigualdades globales, relación que abarca principalmente el primer capítulo entero, pero que cruza todos los demás. Debido a las reservas que existen sobre la validez y la utilidad de las medidas autoinformadas, Deaton deja de lado los debates sobre la felicidad y, con datos disponibles, se decanta por una evaluación más objetiva de los elementos constitutivos del bienestar. Esto es así porque, al no existir una definición exacta de bienestar, cobra relevancia aquello que se presupone que es necesario, aunque no

suficiente, para tener una buena vida. Así, gran parte del libro se centra en dos constituyentes fundamentales: la riqueza y la salud. El primero encuentra su reflejo en el PIB per cápita y el segundo, en la esperanza de vida. La idea general de la que se parte es que, cuanto más pobre es un país, peores tienden a ser sus estadísticas en salud y esperanza de vida, de modo que el PIB per cápita y la esperanza de vida parecen estar correlacionados positivamente, algo que ya se ha sugerido muchas veces a partir de la famosa curva de Preston (1975) y que Deaton utiliza actualizada al 2010. No obstante, esta correlación solo muestra al ingreso como un facilitador de bienestar, pero no como una condición suficiente.

Al observar el mundo en términos de ingreso y salud conjuntamente, también se observa una dispersión más amplia del bienestar que al observarse el ingreso y la salud de manera separada, pues quienes sufren privaciones en términos materiales también sufren privaciones en términos de salud. En este punto, resulta importante el aporte de Fogel (2004) —no sorprende que el libro haya nacido como una reseña del trabajo del propio Fogel (Deaton, 2006)—, quien ha medido y analizado los índices del bienestar humano, tales como la ingesta calórica, la estatura, la esperanza de vida y demás datos antropométricos como medidas más específicas que la del PIB. Un ejemplo de esto, según Deaton (2006: 53), es el caso protagonizado por Chile y Costa Rica, países que tienen una esperanza de vida tan buena como la de Estados Unidos, pero que poseen una cuarta parte del PIB per cápita y cerca del 12% de gasto en salud. Así, hay países pobres que se desempeñan mejor de lo que se esperaría teniendo en cuenta sus recursos, y países ricos que se desempeñan peor.

Si bien los estándares de vida material están mejorando globalmente, no hay garantías de establecimiento de un vínculo automático entre crecimiento y

reducción de la pobreza. Los países pobres no crecen más rápido que los ricos y las diferencias en el PIB siguen siendo grandes o han aumentado —aquí vale recordar que el crecimiento no es igual al desarrollo—. A pesar de esta desigualdad, el desempeño en términos de bienestar, los países pobres han mejorado mucho, tal es así que solo cuatro de ellos tuvieron un ingreso per cápita en 2010 menor que en 1960 y la fracción de la población que vive con menos de 1 dólar al día bajó del 40 al 14%. Es cierto que esta parte de la reducción se debe, principalmente, al auge de dos gigantes económicos como son China e India, pero ningún país es una isla, y si crecieron tanto como para que un vasto sector se haya alejado de la pobreza es porque las condiciones globales fueron propicias, especialmente a partir de la década de 1980. Esto se produce por un efecto parecido a una suerte de derrame o filtración descendente de los países desarrollados a los no desarrollados. Dicho de manera rápida, desde este punto de vista —Deaton parece sugerirlo implícitamente—, los países ricos aumentan la demanda de bienes que pueden ser producidos en países más pobres, dadas las condiciones del costo de producción. Esto genera inversiones que —si la política y las instituciones acompañan— impactan tanto en los procesos de producción como en el PIB del país que se encuentra en vías de desarrollo.

Pero quizás la visión optimista de Deaton puede entenderse a través de la hipótesis de Kuznets (1971) aplicada globalmente. Muy a grandes rasgos, esta hipótesis sostiene que, a medida que un país se desarrolla, la desigualdad primero aumenta y luego disminuye. Lo mismo puede ampliarse globalmente: a medida que el mundo se desarrolla, la desigualdad aumenta para luego disminuir. De este modo podemos pensar que la desigualdad, siendo producto del desarrollo global, tendría que empezar a disminuir, aunque tal disminución dependa del

comportamiento de factores exógenos a los países pobres.

2. *El conocimiento devenido en salud.* Deaton explora la historia del incremento de la esperanza de vida y, aunque muchos datos y analistas apoyen la correlación entre la salud y el PIB per cápita, hay un tercer elemento que funciona como eje: el conocimiento transformado en tecnología. En este caso, el efecto derrame o filtración toma la forma de «transferencia». Luego de repasar la historia de la mortalidad y la salud desde la prehistoria hasta lo que se llamó «época dorada del capitalismo», Deaton trata acerca de las consecuencias que tuvo la transferencia de saber, especialmente el de la teoría microbiana, donde su conocimiento básico está disponible para todo el mundo (2006: 118). El problema es que, aunque el conocimiento sea gratuito, adoptarlo no lo es. Y no se trata solamente de una cuestión monetaria, sino también de una decisión política y cultural. En consecuencia, los beneficios del saber no se han distribuido de manera equitativa. No obstante, el hecho de que, por ejemplo, la India tenga en la actualidad una esperanza de vida mayor que la que había en Escocia en 1945 es, según Deaton, una prueba testimonial del poder de la ciencia.

La teoría de la enfermedad ha permitido introducir sistemas eficaces de salud pública e infraestructuras, como agua potable y desagües, junto con numerosos cambios en el comportamiento de la población que han reducido la carga de las infecciones. Pero también ha permitido realizar tratamientos efectivos contra epidemias o las llamadas «enfermedades de la pobreza», como los cambios nutricionales o la correcta hidratación. Otro ejemplo del poder del conocimiento, aunque no citado por Deaton, es el de la fiebre puerperal, que provocaba la muerte en un porcentaje que oscilaba entre el 10% y el 35% de las parturientas. Con la creación de los procedimientos antisépti-

cos a partir de Semmelweis a mediados del siglo XIX y de Pasteur con la teoría de los gérmenes, se implementó el uso de los métodos de asepsia y antisepsia en cirugía, los cuales desde entonces han logrado salvar millones de vidas. Asimismo, la tasa de mortalidad se trasladó de niños a ancianos, lo que provocó que la esperanza de vida fuera menos sensible a fluctuaciones. No obstante, preocuparse más por la mortalidad en los niños que en los adultos es una decisión ética que, como bien sostiene Deaton, merece una argumentación y no simplemente tomarse como dada. Es decir, el factor fundamental, argumenta Deaton, es el enfoque adoptado por los gobiernos para abordar la salud pública. Aunque el aumento del PIB sea un factor importante para lograr ese objetivo, no contribuirá decisivamente a conseguir resultados mejores de salud si las políticas dedicadas a ella son inadecuadas y se siguen manteniendo las tradiciones ancestrales por encima del nuevo conocimiento. Así, es la educación la que abre y cierra la brecha sanitaria entre los países en vías de desarrollo y los desarrollados, de la misma manera que la población general inglesa hizo con su clase aristocrática.

Las mejoras en las tecnologías alimentarias y de salud son propensas a aumentar la esperanza de vida humana, aunque los aspectos relacionados con el comercio de acuerdo con los derechos de propiedad intelectual (ADPIC) imponen un fuerte límite al desarrollo —que Deaton solo menciona brevemente al final—. Otro límite, apenas mencionado en el libro, es la legislación en torno a las patentes, lo que dificulta la circulación del conocimiento y la tecnología, aunque también funcione como incentivo. Análogamente, puede considerarse un límite a la llamada «fuga de cerebros» provocada por los fuertes incentivos financieros de los países desarrollados para atraer a las personas más preparadas de los países en vías de desarrollo.

3. *La ayuda a los menos afortunados.*

A lo largo del libro se trata de articular la salud con la brecha entre pobreza y riqueza mediante progreso en la formación del bienestar. Esto nos lleva a preocuparnos por las desigualdades y considerar qué se puede hacer para que aquellos que actualmente están rezagados puedan alcanzar a los que escaparon. Por eso, desde el sentido común, resulta desconcertante que el último capítulo esté dedicado a detallar la oposición a la ayuda extranjera de los países desarrollados a los menos afortunados.

Dado que el debate entre los escépticos (Deaton estaría entre ellos) y quienes alientan la ayuda extranjera es tan amplio, resulta imposible abarcarlo en su totalidad. Por lo tanto, Deaton se detiene en cuatro problemas fundamentales acerca de lo que llama «ilusión de ayuda»: la indiferencia moral, la falta de comprensión, la mala orientación y la capacidad de hacer más daño (2006: 300). Todos estos problemas conducen a la ineficacia en el uso de los fondos destinados al crecimiento de los países que han quedado atrás en el gran escape. Estos cuatro problemas convergen en una crítica de lo que se conoce como «enfoque hidráulico», que se basa en lo siguiente: de la misma manera que si se bombea agua desde un extremo debe salir por el otro, si se inyectan grandes sumas de dinero en forma de proyectos, programas o maquinarias, entonces se puede avivar el crecimiento económico, que es el mejor remedio contra la pobreza. Al abordar el enfoque hidráulico, Deaton presenta dos gráficos. El primero muestra el crecimiento del PIB per cápita en África de 1960 a 2010. El segundo representa la ayuda per cápita mediana a África durante el mismo periodo de tiempo. Basado en ambos gráficos, Deaton concluye que las cosas se ven mal para quienes alientan la ayuda, pues el PIB creció lentamente o en algunos puntos se redujo en el período en que la ayuda externa aumentó (desde 1975 hasta 1990).

Gran parte de esta deficiencia se debe al mal desempeño de las instituciones públicas del Estado receptor en las áreas a desarrollar, motivo por el cual los donantes suelen enviar «expertos» para rediseñar el entorno burocrático de los Estados receptores. Aquí se abre una serie de interrogantes que no tienen una respuesta sencilla: ¿Están los donantes obligados a ayudar respetando la soberanía del Estado receptor, sin imponer una estructura burocrática? ¿O deberían evitar la disfuncionalidad del Estado, a menudo corrupto, y tratar de ayudar directamente a los pobres? De elegir esta última opción, ¿se socava y se retarda el desarrollo político del Estado receptor?

Si bien Deaton apenas menciona lo que hubiera ocurrido si no hubiera existido la ayuda, esta, en sí misma, puede ser más perjudicial que beneficiosa, pues motiva que la política local empeore y socave las instituciones necesarias para el fortalecimiento del crecimiento a largo plazo (2006: 325). Así, para que la ayuda ejerza el efecto deseado, se debe contar con las instituciones adecuadas en el país receptor. De esta manera surge un dilema: cuando las condiciones para el desarrollo están presentes, no se requiere la ayuda; pero cuando las condiciones locales son hostiles al desarrollo, la ayuda es inútil, y si se perpetúan dichas condiciones, hará daño. La ayuda es eficaz cuando menos se necesita.

En este punto, la dificultad radica en poder contextualizar adecuadamente la ayuda en relación con los diversos aspectos de uso, disponibles en la política y en el comercio internacional, que dan forma a las desigualdades mundiales. En efecto, la ayuda externa puede fracasar cuando constituye una herramienta de los intereses de los países desarrollados; por ejemplo: la cantidad de ayuda que puede recibir un país puede ser más pequeña que la cantidad de riqueza que se extrae de él mediante los reembolsos de la deuda o los beneficios obtenidos por compañías

multinacionales que operan allí, al mantener su *statu quo*.

No obstante, suspender la ayuda no implica que los países desarrollados encuentren otros medios para operar en los países en desarrollo perpetuando las condiciones que les sean favorables —este es un detalle omitido por Deaton—. En efecto, quienes alientan la ayuda exterior no niegan sus deficiencias especialmente metodológicas y de control, al no reportar errores y al exagerar sus éxitos (Pritchett, 2008). Y aunque Deaton enfatiza este punto (2006: 321-322), también cabría destacar las muchas historias que han hecho que la ayuda sí valiera la pena. Deaton tiene razón al afirmar que los factores que socavan la reducción de la pobreza no van a desaparecer con ampliar la ayuda, pero también podemos decir que tampoco desaparecerán suspendiéndola. La cuestión sería, en este caso, cuál es el mal menor. O, dicho de otra manera, si no se puede mejorar la suerte de los países en desarrollo, al menos se debería no empeorarla. Así, lo primero que debemos hacer es ser conscientes de nuestra escasa comprensión acerca de las prioridades de los países en desarrollo, de manera que, cuando intentemos ayudar, las consecuencias negativas no intencionadas estén garantizadas. En este sentido, queda no obstruir el camino para que dichos países hagan lo mismo que hicieron los países desarrollados, y la ayuda forma parte de tal obstrucción. Por lo

tanto, lo que debemos hacer es dejar de preguntarnos qué debemos hacer (Deaton, 2006: 346).

En síntesis, *El gran escape* es un libro de economía, escrito por un economista, de gran importancia para la filosofía práctica, cuyo principal interés radica en el análisis de la justicia distributiva, la pobreza, la salud y la ayuda a los menos afortunados.

Referencias bibliográficas

- DEATON, Angus (2006). «The Great Escape: A Review of Robert Fogel's *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100*». *Journal of Economic Literature*, 44, 106-114.
- FOGEL, Robert William (2004). *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KUZNETS, Simon (1971). *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure*. Cambridge: Harvard University Press.
- PRESTON, Samuel (1975). «The Changing Relation between Mortality and Level of Economic Development». *Population Studies*, 29 (2), 231-248.
- PRITCHETT, Lant (2008). «It Pays to Be Ignorant: A Simple Political Economy of Rigorous». En *Reinventing Foreign Aid*, editado por William Easterly. Cambridge: The MIT Press, 121-144.

Rodrigo Laera

Universitat de Barcelona

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1175>

